



Mario Córdova

El tesoro de Soro

Cuando en un programa de música orquestal se dispone una obra chilena, tantas veces desconocida o presentada como estreno, junto a partituras muy potentes del gran repertorio clásico o romántico europeo, la balanza que mide el interés del público siempre se inclina hacia éstas. Casi como una norma, lo chileno es enfrentado con desgano, desprecio, incompreensión o, tal vez, un respetuoso temor.

No caben dudas de que en la última fecha de la temporada de la Orquesta Filarmónica de Santiago la “Sinfonía Romántica” de Enrique Soro (1884–1954) no se situaba como clara carta ganadora frente al Concierto para violín de Tchaikovsky. Pero - ¡oh sorpresa!- terminada la jornada se la sintió ejercer conquistas y evidentes triunfos sobre la audiencia, acaso opacando aquel concierto tan célebre.

Siendo chileno, largamente residente en esta tierra, y con una producción muy adentrada en el siglo



PATRICIO MELO

La Filarmónica desenterró una joya chilena

XX, Soro fue un compositor cuya creación posee fuertes lazos con el romanticismo del viejo continente. Así, quien aquí se haya encontrado a ciegas con su sinfonía (de 1921), ignorando la mano autoral, difícilmente la pudo haber calificado o reconocido como obra chilena, no obstante haberse sentido atrapado por su fuerza y encanto.

El título es el mejor para dejar en

claro que rinde tributo o que está estilísticamente atada a muchas grandes sinfonías germanas que la antecedieron. Extensa, para gran orquesta, con los obligados cuatro movimientos contrastados y abundante en melodía fácil en su desarrollo, esta obra de Soro resultó ser un tesoro que salió de su escondite y que parece clamar por el abandono definitivo de los archivos para ser interpretada

con mayor frecuencia.

Bajo la dirección de Pedro-Pablo Prudencio se la escuchó muy bien expuesta en sus sonoridades, vigorosa y ganosa, premiada con gran ovación de una audiencia que en forma mayoritaria la recibió desayunándose.

Y claro, antes había mostrado sus luces el maravilloso concierto de Tchaikovsky en una gran versión, cuya principal fortaleza fue el rol solístico jugado por un artista que no debió cruzar la cordillera en viaje especial para poner con ello el manido sello de brindar algo mejor. Fue Alexander Abukhovich, un ruso instalado hace años en Chile como concertino de la misma orquesta que lo acompañó. Su lectura, limpia y con mucha vitamina, contó con el magnífico apoyo de Prudencio y los filarmónicos.

Como todo es relativo, el innegable inmenso poder que tiene la música de Tchaikovsky tuvo esta vez un buen competidor: Soro y su tesoro centenario. Ojo: está en Youtube.